

dar también cuenta de la influencia de los afectos en los cambios sociopolíticos. Y aunque las dificultades demostrativas son evidentes, no difieren de las que aquejan a las humanidades y buena parte de las ciencias sociales en su conjunto. No se trata de reducir la historia a las emociones, sino de incorporar las emociones al estudio de la historia.

Nos recuerda el autor que la propia Ilustración fue menos cartesiana de lo que solemos creer. Muchos de sus pensadores reivindicaron las pasiones como parte de la fisiología del cuerpo y como un resorte imprescindible —a través de la indignación— para derribar el Antiguo Régimen; la teoría económica, por su parte, vio en la ambición egoísta un factor esencial para el buen funcionamiento del mercado. De ahí que, como señalase el gran psiquiatra francés Jean-Étienne Esquirol, las casas de locos contuvieran las mismas pasiones y errores que la sociedad en su conjunto; la enfermedad era en buena medida una cuestión de grado e incluso de fortuna. ¿Acaso Napoleón no se había creído Carlomagno? Vasos comunicantes: había tantos alienados cuyos delirios reflejaban los acontecimientos políticos de aquellos años convulsos que podría escribirse la historia de la Revolución con las historias clínicas de sus alienados.

Sin embargo, la ambición no es la única de las pasiones que atraviesan las páginas de este libro. A su alrededor se dibujan muchas otras, que Moscoso va desgarrando a golpe de erudición y con exquisita atención al detalle: una indignación que adquiere proporciones epidémicas en la Francia prerrevolucionaria y se expresa

encendidamente a través de la retórica; las pasiones de la rivalidad, que van desde la cólera y la envidia a los celos y el resentimiento; la desesperanza, nacida de la miseria o la decepción posrevolucionaria, reflejada en el aumento de los suicidios; o el amor, ligado a la amistad antes que a la sexualidad y cada vez menos constreñido por la pertenencia de clase. Al hilo de esta cuidadosa disección, surgen temas anejos de tanto interés como la discriminación femenina (así como la violencia de las mujeres contra las mujeres en el marco del Terror), el protagonismo revolucionario del hombre de provincias emigrado a París, o la pregunta sobre si la violencia de la guillotina es accidental o inherente a la revolución. Para terminar, se aborda el tratamiento moral de las pasiones descontroladas, una regulación pública de la salud que va de la mano del nacimiento de los Estados nacionales y perseguía atenuar los trastornos psíquicos por medios tan variopintos como el retorno al sosiego de la vida rural, la práctica de la gimnasia, una terapia de lo sublime consistente en enfrentar al alienado con la grandeza del mundo natural, o el consumo de fruta y verdura fresca para vencer la envidia.

Javier Moscoso nos ha entregado un libro imprescindible para cualquier aficionado al estudio de la Revolución y más que recomendable para los interesados en la génesis de la sensibilidad contemporánea. Quizá el título no acabe de reflejar fielmente su contenido y algún lector pueda encontrar dificultades para sentirse interpelado por la historia del alienado monsieur Nicolas que abre el primer capítulo, pero son reproches menores a un trabajo excelente que

confirma el renovado interés de las ciencias sociales por los afectos humanos y sus efectos políticos. —

**MANUEL ARIAS MALDONADO** (Málaga, 1974) es profesor de ciencia política en la Universidad de Málaga. Ha publicado *La democracia sentimental* (Página Indómita, 2016) y *Antropoceno* (Taurus, 2018).



**NOVELA**

## Escuela de Barcelona



**Vicente Molina Foix**  
**EL JOVEN SIN ALMA.**  
NOVELA ROMÁNTICA  
Barcelona, Anagrama,  
2017, 368 pp.

### RICARDO DUDDA

En su poema “Julio de 1965”, incluido en *Arde el mar*, ganador del Premio Nacional de Poesía en 1966, Pere Gimferrer (Barcelona, 1945) escribe con entusiasmo: “Estáis aquí. Vivimos. [...] Luz y tiempo inventando / en el aire mi sitio. / Aquí tú. El sol crepita. / ¿Empieza el tiempo? Existo. [...] ¿Por qué yo? Me deslumbran / focos, música, un circo. / Seré. Resida en mí / la verdad de lo vivido.” Y termina: “Si vivo aún, ¿por qué / nada al cuerpo retiene? Qué verdad. / Subo, subo. Aire: me perteneces.”

En *El joven sin alma*, Vicente Molina Foix recibe de Gimferrer este poema adjunto en una carta-baúl, como llamaba el grupo de amigos de la novela las cartas que se enviaban y que incluían recortes de prensa, relatos, poemas, reseñas e incluso deberes. En ella, Gimferrer le dice a Molina Foix: “Estoy eufórico como nunca en mi vida, emprendedor, optimista,

generoso, inspirado. Os lo debo a vosotros. A los tres por igual.” Esos tres son Vicente, Ramón (Terenci) Moix y su hermana Ana María. A la pandilla se unirían posteriormente Leopoldo María Panero y Guillermo Carnero. Forman un grupo de intelectuales precoces y melancólicos, sentimentales y ligeramente apolíticos, afrancesados y cinéfilos, que sacudieron la poesía y la literatura de los años sesenta y setenta. En la mítica antología de 1970 *Nueve novísimos poetas españoles*, Josep Maria Castellet los incluye a todos ellos, junto a Félix de Azúa, en el grupo de los jóvenes, influidos por la contracultura. Pronto se convirtieron en la élite cultural del país.

*El joven sin alma* es el retrato, en formato de novela “documental”, como llama Molina Foix a sus novelas “reales”, de este grupo. Es una autobiografía sentimental fetichista, que busca más la relevancia emocional que el rigor histórico. Está construida a partir de cartas, fragmentos de obras y referencias artísticas: se mencionan cineastas, muchos cineastas, como Losey, Antonioni, Kurosawa, Godard, Visconti, y autores como Duras, Eliot, Pavese, James, Shakespeare, los clásicos griegos...

El cine es la mayor obsesión de los protagonistas, salvo quizá para Ana María Moix, y es lo que les acaba uniendo. El joven Molina Foix leía de adolescente la revista cahierista *Film Ideal*, que le traía su hermano de Madrid a Alicante, y antes de comenzar la carrera en la Complutense envía artículos que le publican. Tras unos coqueteos con el marxismo, inevitables en la intelectualidad universitaria antifranquista, y tras descubrir que lo suyo no es la militancia política, acaba formando parte del grupo de “marcianos” y “disidentes” de la ortodoxia marxista en la crítica

cinematográfica. Este grupo informal combina una vocación vanguardista con una concepción que defiende en cierto modo el arte por el arte (un poco siguiendo la idea de Oscar Wilde, a quien admiraban, de que el arte no sirve para nada, o al menos nada práctico). En este grupo están sus dos críticos favoritos de la revista: los barceloneses Pere Gimferrer y Terenci Moix, todavía Ramón.

En el verano de 1965, Vicente visita Barcelona y comienza una relación amorosa con Terenci Moix, cinco años mayor y mucho más entregado a la relación que él. Las cartas de Moix que reproduce Molina Foix son obsesivas, resentidas, llenas de pasión y una ira de la que luego se arrepiente; las respuestas del autor y protagonista son frías y distantes. Moix lo medio perdona diciendo que es aún demasiado joven y todavía no sabe gestionar sus emociones. Pero el reproche le lleva a una reflexión sobre su capacidad de amar: piensa que quizá no tiene alma. Molina Foix va creciendo como crítico, viaja al festival de Venecia y comienza a escribir lo que serían sus poemas y novelas: parece que le importa más su carrera que su romance, algo que su pareja no le sabe perdonar.

*El joven sin alma* es una novela sobre la juventud, pero comienza con la infancia proustiana del autor. Admito mi impaciencia por llegar a la parte de la universidad, pero su infancia y sus inicios como escritor (conoce a Cela de adolescente en la presentación de uno de sus libros en Alicante, y fantasea con cenar con él en un hotel de lujo y luego darle clases de baile), su descubrimiento discreto de la homosexualidad, sus viajes precoces a París con un cilicio para no sucumbir a las tentaciones libertinas de los franceses (*spoiler*: sucumbe

con *Vivir su vida* y se convierte en un gran fan de Godard) son fascinantes. Pero no lo son tanto como el romance con Terenci o la relación delirante con Leopoldo María Panero. Y quizá no hay nada más fascinante en esta obra que su capítulo final, compuesto exclusivamente de cartas de Ana María Moix al autor. En ellas describe sus depresiones, sus miedos pero también su pasión por la cultura y el arte, su alegría por la amistad, el aprecio sincero hacia Molina Foix, a quien presiona para que lea y escriba y no se desanime. La obra termina con ella, y hay uno de los fragmentos que define el *rise and fall* de estos novísimos: “Llevará razón, una vez más, Gil de Biedma cuando dice en *Infame turba* que el sentimiento de grupo es cosa juvenil, y es entonces cuando se vive la literatura en pandilla. Después el sentimiento desaparece, y solo queda recelo o una amistad que se irá haciendo difusa.”

El tono de la novela es crepuscular, melancólico. El grupo no dura toda la vida. Molina Foix se pasea por trasteros, revisa cajas y baúles y carpetas para hacer la crónica. Es una obra endogámica, porque narra solo lo que ocurre dentro del grupo, y por eso termina a principios de los setenta, cuando cada uno toma su camino. Pero es también una especie de tratado en defensa de la alta cultura (a veces recuerda a las obras de Sempérn, repletas de referencias y donde un poema de Verlaine o Rimbaud sirve como hilo conductor; ambos autores comparten la misma vocación de estilista y narran un Madrid similar), y en cierto modo puede funcionar como una guía para el futuro novelista o poeta, para alcanzar “el estado ideal del joven artista”. —

**RICARDO DUDDA** (Madrid, 1992) es periodista y miembro de la redacción de *Letras Libres*.